

Heráclito, Demócrito y Jeremías. ("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 26 abril 1915).



Heráclito, Demócrito y Jeremías

¿De dónde ha salido eso de que Heráclito lloraba mientras Demócrito se reía? Y aun hay quien dice más, y es que Heráclito lloraba porque Demócrito se reía de sus lloros, y éste se reía de que aquél llorase por sus risas. Nuestro Campoamor, en su dolora «La comedia del saber», decía: «Gime Heráclito, y a poco—sale Demócrito y mira,—y al ver que el otro suspira—se echa a reír como un loco.» Y más adelante concluye: «Y así, pensando en pensar—si ha de llorar o reír,—ve el hombre su vida huir—entre reír y llorar.»

Lo sabido es que Heráclito, patriarca de Idealismo, fué el que dijo aquello de «todo fluye», que es como decir que todo pasa, y lo ve uno metes dos veces el pie en la misma agua». Su sentido era el de lo continuo y fluente, el de una vena de agua, el de una verdadera línea de movimiento. Y Demócrito, patriarca de materialismo, fué el de los átomos. Los cuales ni fluyen ni pasan; acaso porque no son nada. Su sentido era el de lo discontinuo y quieto, el de un collar de perlas, de una serie de puntos quietos. Y ahora, ¿por qué a la primera concepción se la supone triste y alegre a la segunda? ¿Por qué es triste la ola que pasa y alegre el canto rodado que bajo de ella queda?

¿Qué dulce es pasarse las horas muertas a la orilla del mar contemplando venir a las olas, que mueren espumantes contra la arena! Y más si se piensa que la ola no es sino pura forma, que no la hace la misma agua en dos momentos, que el agua no va ni viene, sino ondula. ¿Y por qué, repito, ha de ser Heráclito triste?

Entre Heráclito y Demócrito, a manera de dos suñetes, gobiernan al mundo. Los dos quieren explicarnos el por qué de lo que hay; la consistencia de la realidad, y cada uno de ellos no ve sino una cara. El uno mira las cosas desde dentro, y llora; el otro las mira desde fuera, y se ríe. O al revés, porque es igual. Pues ¿qué es el fuera y qué el dentro? Mirar desde dentro de casa es mirar desde fuera de la calle, y mirar desde fuera de casa es mirar desde dentro de la calle. Y estos tan divertidos juegos de conceptos los aprendí hace ya la trótera de más de cuarenta años, cuando siendo un mozo estudiaba el alemán... en la «Lógica» de Hegel. ¡Que es heroísmo!

Al lado de Heráclito, como llorón o plañero, se nos da a Jeremías, hijo de Hilcias, de los sacerdotes de Anatól, en tierra de Benjamín, y que floreció en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá. El cual Jeremías fué, según Ernesto Renán, un profeta anarquista. Por lo menos, se dedicaba a disputar con Jehová, su Dios. Bien es cierto que le decía: «Tú eres justo, Jehová, aunque yo dispute contigo.» (Capítulo XII, vers. 1 de su Profecía.) Por donde se ve que era cortés en sus polémicas. Y luego le preguntaba por qué permite que prosperen los malos.

He conocido varios Jeremías más o menos heraclíticos—es mejor llamarlos así que no heraclitos jeremíacos—. Se dedican a murmurar y maldecir y blasfemar del pueblo en que viven. «Esta cochina ciudad (o villa) de ...!» Y repiten aquello de «¿Sociedad? ¡Suciedad!» Son los incomprensidos, los que no llegaron. ¿Adónde? ¡Qué sé yo!... Ni ellos tampoco. Son

los ex futuros, son los que si hubieran salido... los ex fracasados; esta terrible palabra que empleó Eugenio Silvela una vez, que yo recuerdo. Inactuales inventó Pompeyo Gener, o quien fuese; pero lo repitió éste. Inactuales, y también inadaptados o inadaptables. ¿Y por qué?

Aquel sibilítico e intrincadísimo poeta que fué Roberto Browning, en aquella deliciosa pieza de filosofía poética—mejor que filosofía, poética—que es la «Apología del obispo Blougram», dice, entre otras cosas igualmente susfanciosas: «El problema común, vuestro, mío, de cada uno, es no el imaginarse qué sería lo hermoso en la vida siempre que pudiese ser, sino más bien hallando primero lo que puede ser, buscar luego la manera de hacerlo hermoso para nuestros fines; lo que es muy diferente.» Y mi amigo Kierkegaard—muerto en 1855, nueve años antes de yo nacer—escribía en sus «Actos de amor» que la cuestión no es hallar el pueblo o la mujer que a uno le gustan, sino encontrar gusto en el pueblo o la mujer que le haya tocado en suerte.

Atribuyen a Cánovas del Castillo aquella feo humorada de que sólo es español el que no ha podido ser otra cosa. Digamos aquí con Bartrina, detestable poeta—era su espíritu un abismo de prosaísmo ramplón—aquello de: «Que si quieres pasar días felices—no analices, muchacho, no analices!» Vale más, pues, no analizar la sentencia canoviana porque como sentido tendremos que convenir en que carece de él. Y, sin embargo, es muy frecuente ir discuriendo—¿discurrir?—sobre el presupuesto de solemne vaciedad de que nadie elige ni madre ni patria. ¡No, ni esencia! Es como si a uno le preguntase otro: «Usted, de no ser usted, ¿quién querría ser?» A lo que sólo cabe una respuesta, y es la callada, o en todo caso, y puesto a hablar, esta: «Seguramente que no usted, el que me pregunta tal cosa.»

No cabe dudar que la dialéctica hegeliana sirve de mucho y desde luego de gran consuelo para la vida. Ella me enseñó que uno es otro, que el otro y el otro es otro que uno, y que uno y otro son en el fondo uno y el mismo, pero siempre en movimiento. Y dándole vueltas por este camino y deyanándose los sesos en el argandillo de mi cabeza he dado en pensar que Jeremías, Heráclito y yo tuvimos una conversación con el amigo Kierkegaard, allá en una calle de Copenhague, hace unos sesenta años. Y que discutíamos de las cosas que sucedieron en España en 1860, de aquí a cuarenta y cinco años.

Todo el punto estriba en sacudirmos del tiempo y del espacio—que con la lógica, tengo el honor y el gusto de repetirlo una vez más, son los tres tiranos del espíritu—y verlo todo sub specie aeterni. Es de lo que hay que convencer a nuestros Jeremías heraclíticos. Cuando contemplen la ciudad, villa o aldea en que les tocó vivir desde la vía láctea—o camino de Santiago—se les curará la morriña de su inactualidad.

Y no se me venga diciendo que no es posible mirar nuestra ciudad, villa o aldea desde el camino de Santiago—o vía láctea—, porque resulta que nuestra tierra, con todo el sistema planetario del Sol de que forma parte, está en ese camino, dentro de él, formando también de él parte. Es, pues, como ver mi casa desde la Tierra, o ver un árbol desde el bosque en que está.

Todo el problema de la mística está en ver al mundo y verse uno a sí mismo desde Dios, a quien vivimos y nos movemos y somos, como dicen que dijo el Apóstol de los gentiles



O.C. Lomo VIII



